

Carmen

busca y encuentra

Versión literaria de **Alicia Molina**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**

Kipatla 
Para tratarnos igual

Versión literaria: Alicia Molina

Ilustración: Enrique Torralba

Argumento original: Alicia Molina

Guión de la versión para televisión: Mary Carmen Ramírez

Idea original de la colección: Nuria Gómez Benet

Este texto fue elaborado en el taller literario coordinado por el Maestro Agustín Monsreal.

Coordinación general: Alicia Molina Argudín

Coordinación editorial: Adriana González Méndez

Cuidado editorial:

Norma Romero Ibarrola

María Cristina Vargas de la Mora

Marta Llorens Fabregat

Felipe de Jesús Ávalos Gallegos

Carlos Sánchez Gutiérrez

Diseño y formación: Margarita Pizarro Ortega

Formación: Génesis Ruíz Cota

Investigación de “Para que conozcas más...”:

Víctor Hugo Ruíz Vázquez

Primera edición: agosto de 2014

© 2014 Consejo Nacional para Prevenir la Discriminación

Dante 14, Col. Anzures,

Del. Miguel Hidalgo,

11590, México, D. F.

www.conapred.gob.mx

ISBN: 978-607-7514-89-3 (Colección Kipatla, para Tratarnos Igual)

ISBN: 978-607-7514-93-0 (Carmen busca y encuentra)

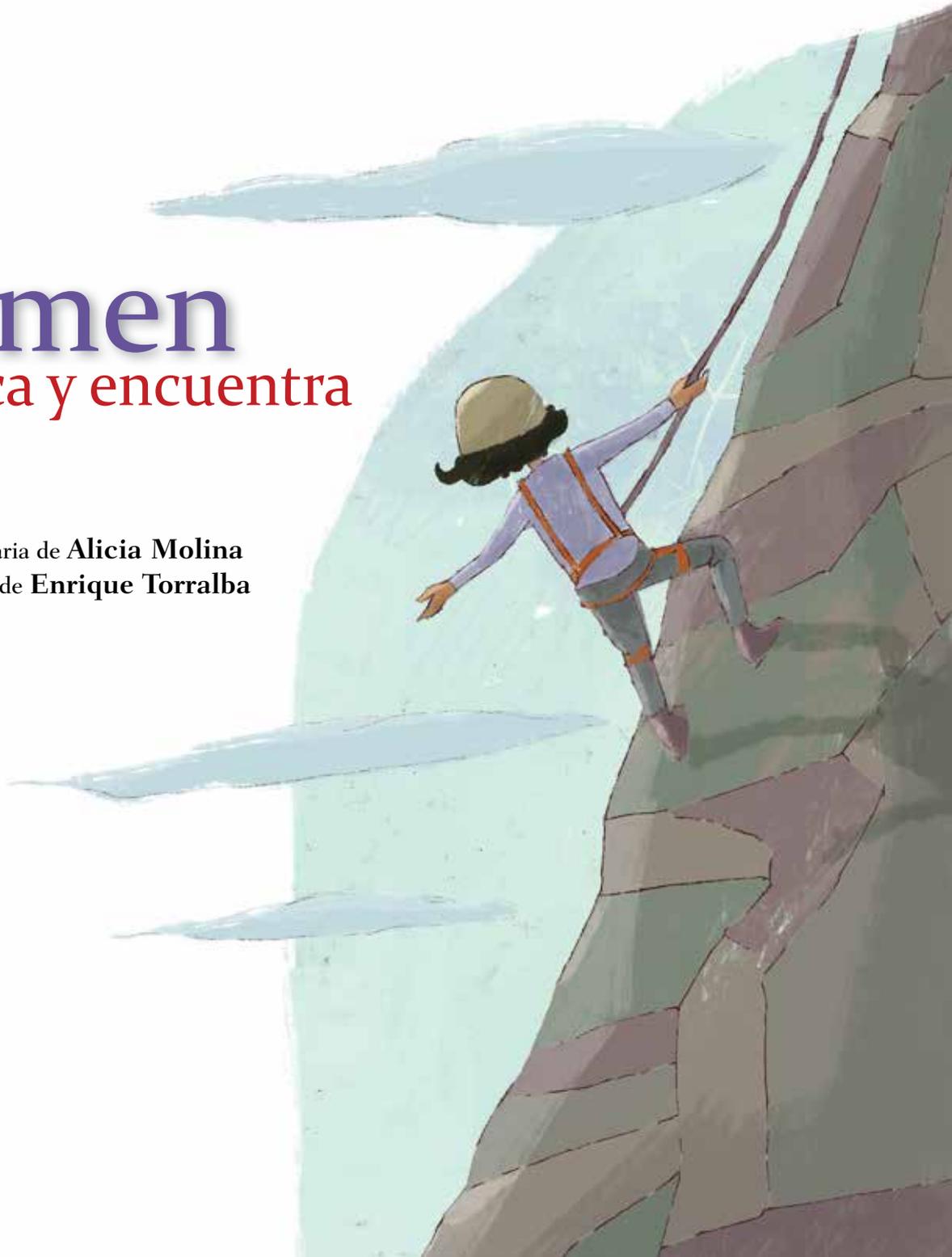
Se permite la reproducción total o parcial del material incluido en esta obra, previa autorización por escrito de la institución.

Ejemplar gratuito. Prohibida su venta.

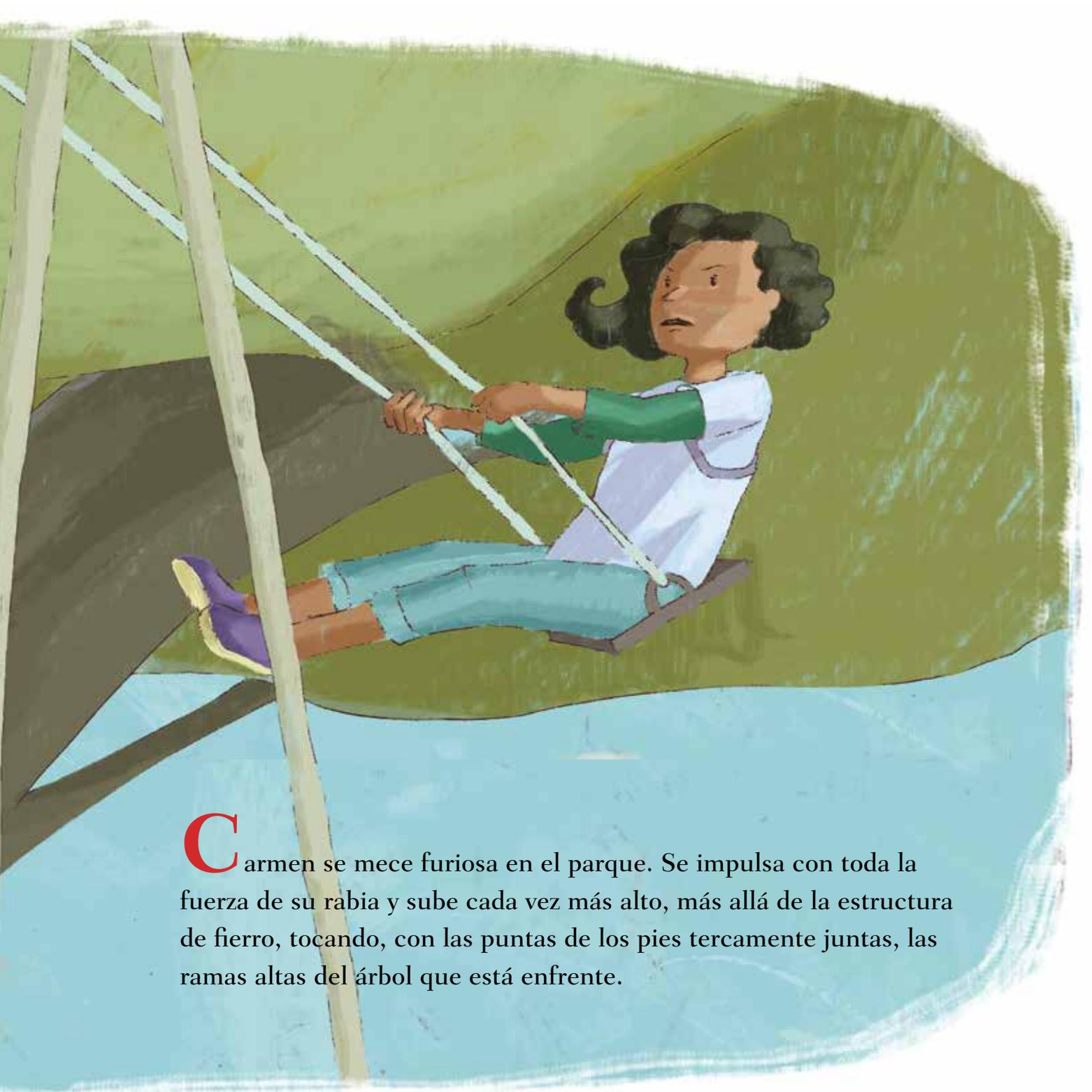
Impreso en México. *Printed in Mexico.*

Carmen busca y encuentra

Versión literaria de **Alicia Molina**
Ilustraciones de **Enrique Torralba**







Carmen se mece furiosa en el parque. Se impulsa con toda la fuerza de su rabia y sube cada vez más alto, más allá de la estructura de fierro, tocando, con las puntas de los pies tercamente juntas, las ramas altas del árbol que está enfrente.



María y Elda, en los columpios de los extremos, se han detenido y se hacen a un lado para abrir espacio al veloz balanceo de su amiga, mientras le gritan:

—¡Ya bájale, Carmen! ¡Párale, párale!

Ella se queda inmóvil y disminuye lentamente la velocidad, hasta que sus tenis rozan el piso y la van frenando.

Cuando apoya los pies en la tierra, les explica por fin su enojo:

—Yo quiero ser del equipo de escalada, pero por más que levanté la mano y alcé la voz, ella ni me miró.

Elda se contonea y con una voz aguda, imita a Patricia:

—Qué pena, no te vi. No oí que querías trepar la Peña —y haciendo un gesto burdo, continúa—. Puedes formar tu propio grupo, el nuestro ya está completo.

—Ellas tienen derecho a decir quién está y quién no en su equipo. Lo que no se vale es ignorarme, no darme siquiera una respuesta, como si fuera invisible —dice Carmen, cabizbaja.

—Pues ya ves que así son, principalmente Paty —se solidariza Elda.

—Y las otras la siguen —completa María—. Te dijeron que formarás tu equipo, ¡claro!, ellas saben que ninguna de nosotras tiene habilidad para trepar y no te vamos a acompañar en esa aventura.

El trío se empieza a balancear, ahora suavemente, al ritmo de su plática. Sólo se detienen si la intimidad de la conversación lo exige. Llevan un buen rato

en ese vaivén cuando de pronto, Carmen va a dar al suelo. Por tanto ir y venir, se ha roto la cuerda de su columpio.

—Menos mal que no fue mientras andabas volando en las alturas —la consuela Elda—, si no, el zapotazo hubiera sido tremendo.

Le ayudan a levantarse, a sacudirse la tierra y a constatar que sigue completita. El primero en venir a asistirles es Brandon, después llegan Paco y Beto, quienes la vieron caer desde la otra orilla del parque.

Mientras revisa las cuerdas, Paco dictamina:

—Tuvieron suerte, podrían haber aterrizado las tres. Con las lluvias se pudrieron los mecates.

—Y también las tablas —certifica Beto.

—El parque sin columpios no tiene chiste —suspira Carmen.

Como si sus deseos fueran órdenes, sus amigos ponen manos a la obra. Buscan materiales en la caseta del jardinero. Encuentran una llanta vieja y una cuerda no tan roída. Eligen una rama que parece fuerte y de buena altura. Paco intenta subirse al árbol para amarrar la reata, pero no lo logra. Quien sí consigue hacerlo en un dos por tres es Carmen; sube y anuda la cuerda sorprendiendo a todos.

Ya tienen columpio. Paco y Beto se trepan juntos y se mecen con fuerza para lucirse frente a las chavas, con tal impulso, que allá van a dar con todo y columpio... y con todo y rama.

Ninguno de los dos se soba el golpe, porque hay público. Ya empieza a oscurecer y ése es el pretexto que obliga al grupo a emprender la retirada, eso y la mirada reprobatoria de la señora del gorro azul.

Ella llegó cuando Paco y Beto se empezaban a impulsar. Alcanzó a gritarles: “¡No hagan eso, mocosos!”, justo antes del ramalazo.

Se van corriendo en bolita. Carmen, quien se retrasa un poco, es la única que ve a “la señora ésa” recogiendo la rama y amenazando a los muchachos.

Ya en la avenida, tras cerciorarse de que nadie los sigue, acompañan la marcha. El primero en preguntar es Brandon:

—¿Esa señora no es mamá de nadie?

—La del gorro azul siempre anda metiéndose en lo que no le importa. A mí ya me ha regañado tres veces. ¿Quién se cree? —respinga Beto con rencor.

—¿Dónde vive? —insiste Brandon.

—No sé. Creo que en una de las covachas detrás del mercado. He oído que llegó al pueblo hace más de un año, que viene de la ciudad.

Allí se inicia un coro desordenado en el que los amigos opinan al mismo tiempo.

—¡Ah!, pues no se ve muy elegante que digamos. Es una pordiosera, vive en la calle.

—¿O será robachicos? En las noticias comentaron que hay secuestradores que nomás andan merodeando a ver a quién agarran.

—A mí, por lo pronto, mi tía ya me dijo que si la veo, mejor me cruce la calle, no vaya a ser...

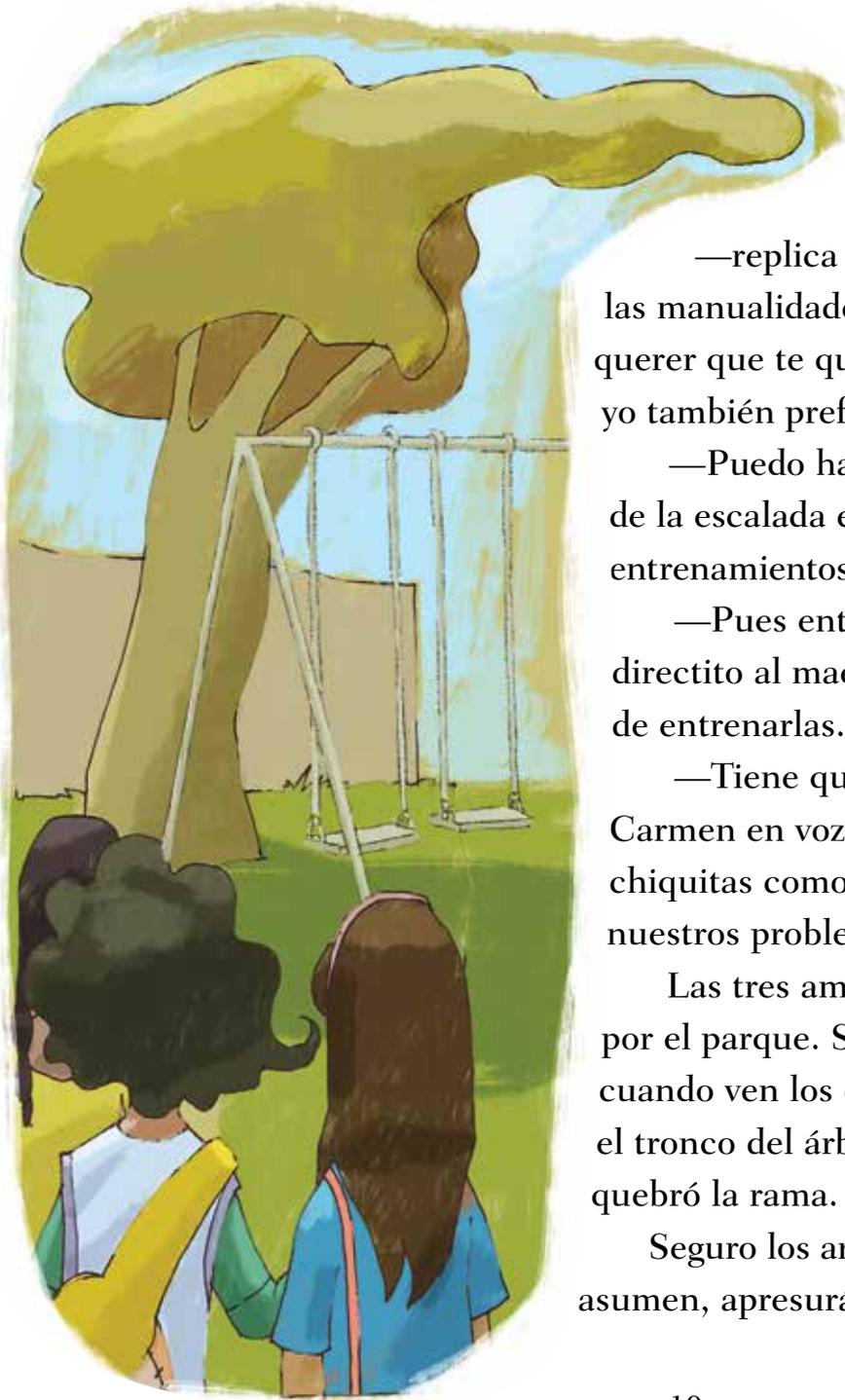
—Dicen que si la molestas te persigue hasta alcanzarte —advierte Elda.

—¿Y qué hace si te alcanza? —la reta Carmen.

—Ah, eso no sé —contesta riendo—, yo nunca le he hecho nada.

Pasan los días. El conflicto del equipo de escalada y la indignación de Carmen siguen creciendo. Elda trata de convencerla de que acuse





a Patricia con la maestra Alicia.

—No creo que resulte

—replica María—. Eres tan buena para las manualidades y para tejer, que ella va a querer que te quedes en su taller y, la verdad, yo también prefiero que estés con nosotras.

—Puedo hacer las dos cosas, porque lo de la escalada es el sábado y los entrenamientos son en la tarde.

—Pues entonces, derecha la flecha, dile directito al maestro Aldo, él es el encargado de entrenarlas.

—Tiene que haber otra forma —piensa Carmen en voz alta—, no estamos tan chiquitas como para no poder resolver solas nuestros problemas.

Las tres amigas cortan camino cruzando por el parque. Se llevan la gran sorpresa cuando ven los columpios como nuevos y el tronco del árbol sellado, allí donde se quebró la rama.

Seguro los arregló don Gúmer, el jardinero, asumen, apresurándose a estrenarlos.

Sentadas en los flamantes columpios aprecian mejor la tarea: las cuerdas son resistentes, lo mismo que las bases de madera, muy bien lijadas para que no se astillen las piernas.

Lo que más llama la atención de Carmen son los nudos. Los revisa cuidadosamente y después explica a sus amigas:

—¿Ya vieron?, usó un nudo franciscano de cinco vueltas para amarrarlo, y para sujetar el asiento hizo dos lazos en ocho formando este cuadrado. ¿Y ya vieron la escala de cuerda que nos dejó en el árbol?

Se acercan y les explica:

—Está súper bien hecha, fíjense con qué cuidado la tejió.

—Y tú, ¿cómo sabes tanto de nudos? —se asombran juntas María y Elda.

—Mi abuelo me enseñó cuando fuimos a acampar a la Sierra Gorda.

Carmen se queda pensativa: “Sólo conozco a una persona capaz de hacer esta escala... aunque nunca me dijo que vendría a arreglar los juegos del parque”.



Esa noche espera a que su abuelo regrese del dominó y lo recibe con entusiasmo:

—Muchas gracias por arreglarnos los juegos del parque, te quedaron perfectos. Qué guardadito te lo tenías...

—A ver, a ver, explícame más despacio —se interesa el abuelo Ramón —, yo no he ido al parque desde hace más de dos semanas.

—Cambiaron los juegos y yo reconocí tus nudos, abuelo. Eran un franciscano de cinco vueltas y unos dobles ochos. Además, la escala sólo la pudiste tejer tú.

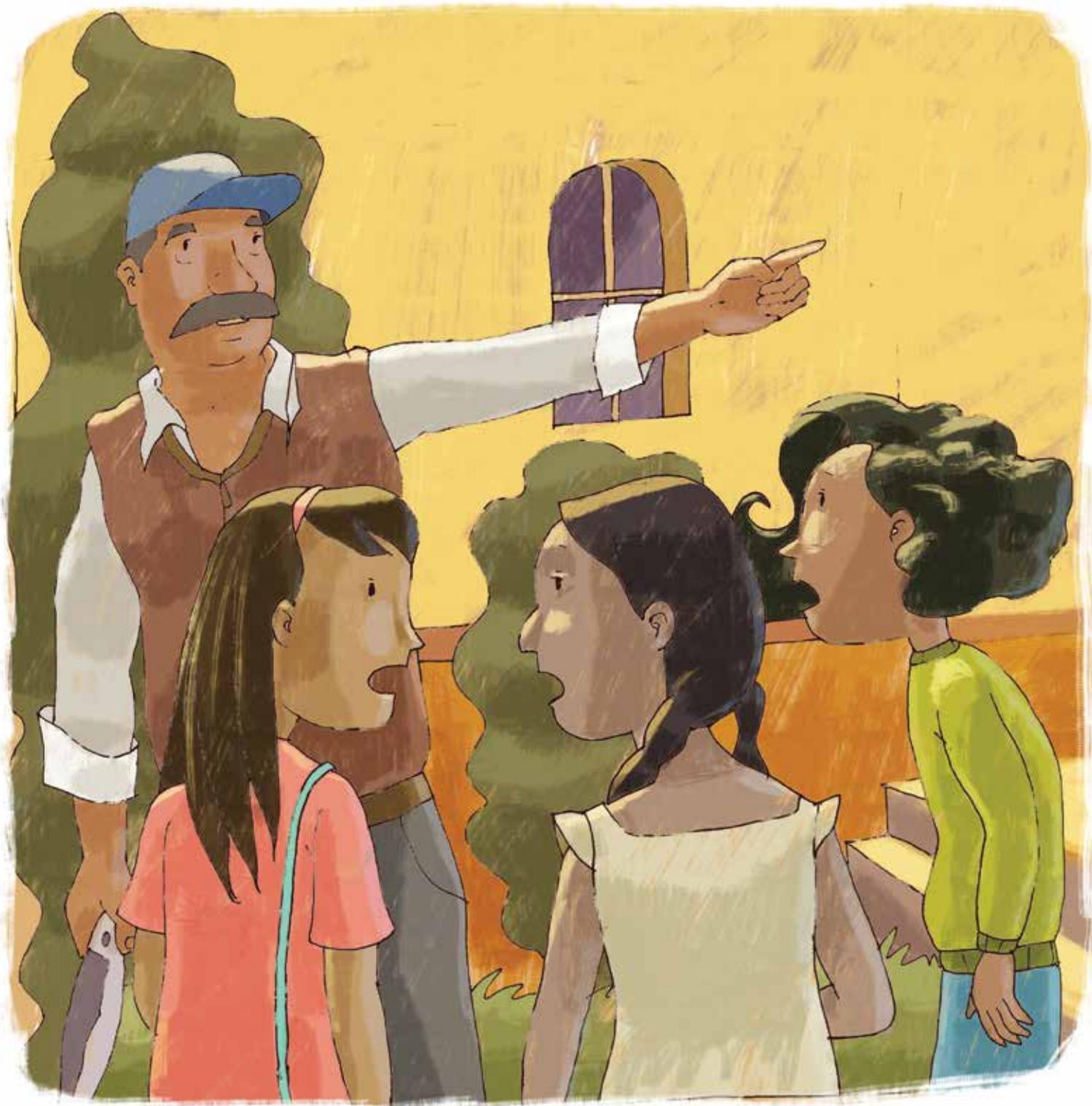
—¡Ah, qué mi palomita! —sonríe don Ramón con nostalgia—. ¡Eso fue hace años! ¿No ves que mis manos están cada vez más torpes? La dichosa artritis ya no me deja amarrar ni las agujetas de mis zapatos... ¡Qué diera yo por haber podido hacerlos! A lo mejor fue Gumersindo.

Al día siguiente, a la salida del Curso de Verano, Carmen convence a sus amigas de pasar por el parque para agradecer al jardinero.

—Le quedaron padrísimos los columpios, don Gúmer, muchas gracias por arreglarlos. ¿Quién le enseñó a hacer los nudos y a tejer la escala?

—Te equivocas, muchachita. No fui yo. Apenas sé hacer un nudo ciego y uno corredizo. La que puso los columpios fue la señora del gorro azul, esa que anda de aquí para allá hablando sola y recogiendo basura.





Ella mera fue. Trajo sus cosas muy temprano y trabajó todo el día sin chistar, hasta que se metió el sol.

Las tres amigas se miraron perplejas:

—¿La señora del gorro azul? ¿Está seguro?

Desde ese día, Carmen ha empezado a buscarla, a seguirle los pasos.

En la mañana, cuando los niños de Kipatla se encuentran en la calle principal y forman grupitos para encaminarse a la Casa de la Cultura, puede ver a lo lejos el gorro azul de la señora que se dirige al camino que lleva al río.

Al terminar el curso, la mira enfilarse rumbo al mercado, con sus pantalones coloridos bajo la falda, cargando enormes bolsas que quién sabe qué cosas guardan.

Entrada la tarde, cuando la parvada de muchachos llena de ruido y de bicicletas el centro del pueblo, Carmen la observa sentada en una banca cerca del kiosko, dándole de comer a las palomas.



Ya de noche, se encienden las luces en el pueblo. Es la señal para salir corriendo y llegar a casa para merendar. A esa hora, la señora del gorro azul camina despacio, sin rumbo, se recarga en el gran fresno de la plaza con su bufanda morada que le cubre media cara y ahí se queda sola, mascullando en secreto y contemplando la luna.

—¿Ya ves cómo sí es una lunática? Le platica igual que los hombres lobos —se burla Beto.

Seguirla se convierte en un juego para Carmen. De tanto buscarla, va aprendiendo sus modos y sus costumbres, pero no se atreve a hablarle, hasta que una tarde se encuentran en el parque y la mujer la increpa abruptamente:

—¿Qué tanto miras? ¿Por qué me andas siguiendo, muchachita?

Carmen titubea, no sabe qué contestar.

—Es que... Le quería dar las gracias...

—¿Las gracias? ¿Y ora?

—Me dijo don Gúmer que usted arregló los columpios. Le quedaron perfectos, y ahora sí nos podemos mecer recio. También la escala está muy bonita...

La señora del gorro azul hace una mueca de sorpresa, casi una sonrisa, y eso anima a Carmen a seguir hablando.



—Me encantaron sus nudos. Primero creí que los había hecho mi abuelo, porque nada más a él lo he visto hacerlos tan bien; ésos, el franciscano y los dobles ochos.

—¡Ah, te sabes los nombres!

—Sólo algunos, los principales.

—Pues ahora cuiden los juegos y dile a tus amigos y amigas que cuando quieran colgar una llanta, tienen que ver primero dónde lo hacen, si no, nomás lo lastiman, como el otro día.

—¿A quién lastimaron?

—Al árbol, ¿a quién va a ser?

—Ah, pero los árboles no sienten —le quita importancia Carmen.

—¡Claro que sienten! Aquí mismo puedes ver cuánto lloró.

La señora le señala una gran hoja al pie del árbol, llena de gotas de resina que éste soltó cuando trozaron su rama. Luego acaricia el tronco y, dirigiéndose al árbol, lo alienta a curarse.

—Ya vas mejor, amigo, se ha secado la herida. Ahora tu energía se irá hacia arriba para nutrir otras ramas, para ponerte fuerte y frondoso. Una cicatriz no importa, todos tenemos algunas.

Carmen está sorprendida por la naturalidad con la que esa señora le habla al árbol. Allí se da cuenta de que su plática tiene sentido: la mujer no está loca, ni habla sola, como los demás creen.

Antes de despedirse, le pregunta:

—¿Cómo se llama?

—Se llama ocote, pero algunos le dicen pino de Moctezuma.





—El árbol no, usted— aclara Carmen.

—Me llamo Lavinia.

—Me gusta —contesta Carmen sonriendo.

—Y a ti, ¿cómo te dicen? —inquire la señora.

—Carmen.

—Me gusta —afirma Lavinia, y ese día comienza su amistad.

Carmen continúa observando y descubre algo asombroso: aunque es una señora de carne y hueso, de estatura regular, y un poco rechonchita, que siempre lleva una gorro azul que todas las personas de Kipatla reconocen, para la mayoría, Lavinia es invisible.

Existen dos grupos, los discretos y los no tanto. Los discretos se subdividen en dos:

Quienes se hacen los distraídos y voltean para otro lado cuando Lavinia pasa, y quienes aparentan concentrarse en el periódico, en el café o en sus uñas si ella se acerca.

Entre los más agresivos, Carmen considera a doña Balbina y a su amiga Leonor, quienes se cambian de acera para no tropezarse con ella, y a Fidel, el jardinero de la Casa de la Cultura, quien la corre cuando la ve hablando con su

azalea, con el mismo ademán, mudo y enérgico, que usa para ahuyentar a los perros.

Carmen detecta también una escena que le parece curiosa. Los muchachos juegan fútbol en el parque. La pelota ha ido a caer a los pies de la señora del gorro azul; a cualquier otra persona del pueblo, Toño le hubiera gritado “¡bolita, por favor!”, a ella no. Hace como si no estuviera y va a recoger la pelota sin apenas mirarla.

¿Qué sentirá Lavinia?

A Carmen le intriga su nueva amiga y pronto aprende que ella contesta lo que quiere, no lo que le pregunta.

—¿Usted de dónde vino?

—De lejos, niña, de lejos.

—¿Por qué llegó a Kipatla?

—Me perdí y me anduve buscando mucho tiempo. Aquí me hallé.

—¿Tiene amigos?

—Sí, hartos —y le señala los árboles y las plantas del parque.





Carmen quiere conocer su historia. ¿Cómo es que alguien que alguna vez tuvo una familia terminó viviendo en la calle? Lavinia no está dispuesta a contarle, sin embargo, un rato después, hace dos breves revelaciones: lo que sabe de las plantas lo aprendió de su mamá y fue su papá quien le enseñó a trabajar con las manos y a hacer nudos.

Ese gesto de confianza conmueve a Carmen, quien, para agradecerle, pregunta más sobre las plantas, que es de lo que a Lavinia le gusta hablar. Conoce los nombres de cada árbol, de las flores y hasta de las matas más sencillas:

—Éste es un ocote y el de allá un encino, y a esta plantita que ves aquí le dicen mala madre, porque fíjate cómo avienta a sus hijitos para que crezcan más allá.

—¿Se sabe todos los nombres?

—Si no los supiera, ¿cómo íbamos a ser amigos? Nadie puede querer lo que no sabe nombrar.

Lavinia no es muy platicadora. Cuando Carmen intenta hacerla hablar de algo que no sean las plantas, repentinamente se levanta, se cala su gorro azul,

cubre su rostro con la bufanda morada, esa con la que se tapa siempre, aunque haga calor, y emprende la marcha:

—¡Otro día nos vemos!

En cada nuevo encuentro, la niña descubre que Lavinia, para lo que es buenísima, es para escuchar. Carmen le cuenta de sus ganas de participar en la escalada y todos los detalles del pleito con Patricia. Cuando le describe cómo la ignoraron al elegir el equipo, se detiene abruptamente. Se acuerda de uno de los refranes del abuelo: “No mencionar la sogá en la casa del ahorcado”. Sin embargo, sin alterarse, su amiga sigue escuchando con atención.

De pronto, decreta:

—Si quieres que te miren, ¡muéstrate!

Carmen no sabe si Lavinia se dirige a ella o a la hermosa bromelia, lista para brotar, a la que está acariciando.

Las palabras de Lavinia le vienen a la mente a Carmen a cada rato, se ha quedado pensativa frente al plato de cereal, a la hora del desayuno. La abuela la descubre:

—¿Qué urdidera traes, niñita?

—No sé —contesta distraída.

—¿Cómo no vas a saber?



—Es que no entiendo bien qué quiere decir eso de “urdidera”.

—Urdidera es la máquina para urdir que tienes en la cabeza —interviene el abuelo—. Y urdir es planear, tramar alguna cosa o preparar los hilos para tejer algo.

—Ah, pues entonces, creo que sí traigo una urdidera en la cabeza.

Es jueves, los dos equipos de escalada, el de hombres y el de mujeres, se reúnen en el muro sur de la Casa de la Cultura, donde el maestro Aldo ha puesto ya los agarres que servirán como puntos de apoyo para escalar durante el entrenamiento. Patricia y Beto, los capitanes de cada equipo, ya han empezado el ascenso y van a medio camino. Suben trabajosamente, apoyando las manos y los pies en los agarres.

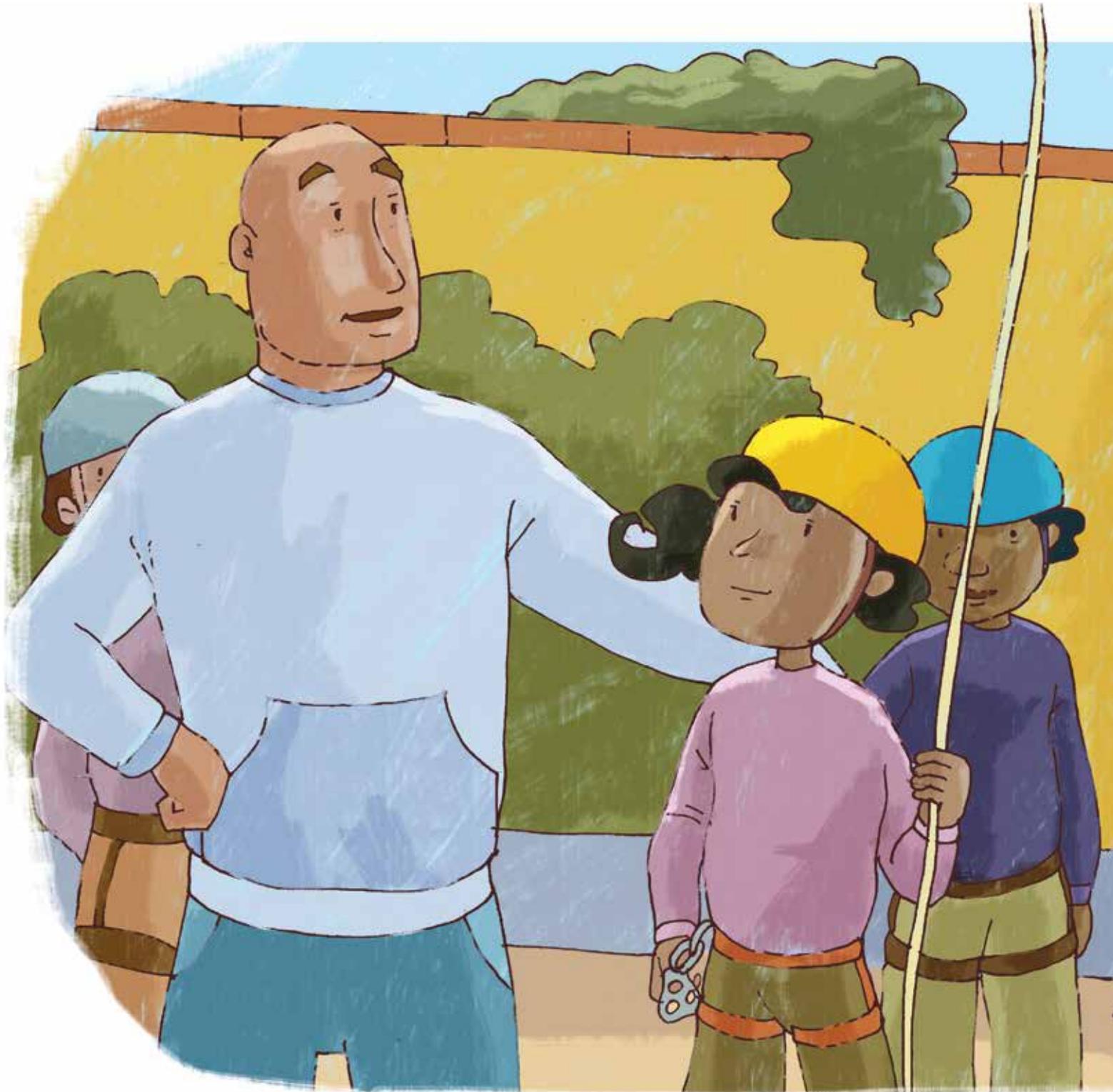
Carmen llega, dispuesta a mostrarse, con su casco puesto y zapatos para escalada en roca. Se coloca el único arnés libre, mientras grita “¡voy!” y empieza a trepar. El maestro Aldo apenas tiene tiempo de agarrar la cuerda atada a su arnés.

Niños y niñas la observan asombrados. Sube ágil, segura, moviéndose lentamente, pero con presteza, como si lo hubiera hecho una y otra vez. Es la primera en llegar hasta arriba y ayuda a Patricia en el último impulso para ascender a la azotea en la que termina el muro.

Las compañeras ven sorprendidas, desde abajo, un diálogo imposible de descifrar. Finalmente, miran cómo Carmen toma la cuerda, abraza por detrás a Patricia y baja a rapel protegiendo con su cuerpo el de la capitana del equipo.

—Y ahora, ¿de dónde tan amigas? —le reclama Berta a Paty en cuanto pisa tierra firme.







Ella, con un gesto de secrecía, le explica que luego le cuenta. El grupo está sorprendido. Los primeros en hablar son los chavos.

—¡Órale, qué bien escalas, Carmen! ¡Y cómo rapeas para bajar!

—¿Dónde aprendiste?

—¡Qué bonitos zapatos para escalada en roca!

Por fin, es el maestro Aldo quien pregunta.

—¿En qué grupo estás, Carmen?

—En ninguno, todavía.

—Si quieres entra al de nosotros, se adelanta Beto, nadie dijo que tenía que ser sólo de hombres.

Amarrándose la chamarra a la cintura, Patricia, con una timidez que nadie le conocía, también la invita:

—Si quieres podrías entrar al nuestro. En realidad, yo ni me imaginaba que sabías escalar, como eres tan buena con las manualidades, pensé que serías un cero para deportes.

Ahora Carmen tiene dos opciones y puede estar en el equipo que quiera.

—Es más —dice el maestro Aldo—, ¿qué les parece si armamos dos grupos mixtos?

Berta, desconcertada, se lleva aparte a Paty.

—¡Qué cambiazó! ¿Por qué?

—Es que me hizo un gran paro. Mira cómo se descosieron mis pantalones. Estuve a punto de quedarme en calzones delante de todos. Si no ha sido por ella, hubiera hecho un oso famoso.

Carmen está feliz con el resultado y busca a Lavinia para contarle, pero ese día no la encuentra. Ya en la noche, cuando acompaña a su mamá por el pan, la ve



mirando la luna. Su mamá la ataja cuando hace el intento de acercarse; tiene prisa y, además, no le gusta nada que hable con esa señora:

—Quién sabe quién es. Nadie la conoce —le dice, mientras la sostiene por el brazo.

A la mañana siguiente, Carmen también se queda pensativa frente al desayuno. La abuela vuelve a la carga:

—¿Otra vez la urdidiera trabajando?

—Sí, pero ésta es nueva —dice

Carmen misteriosa.

En la clase de cerámica, todos comentan las habilidades trepadoras de Carmen y el cambio insólito de Patricia.

Berta se le acerca y susurra:

—Qué buena onda que le ayudaste a Paty.

—Seguro que ella habría hecho lo mismo por mí.

Berta lo duda mucho, pero no lo dice.

Más tarde, Elda le enseña a Carmen a usar el torno y juntas le dan forma a una hermosa vasija.





—La quiero para un regalo.

—A propósito de regalos —interrumpe la maestra Alicia—, tenemos que pensar en uno para la maestra Olivia, que nos dio el Taller de Reciclado. Su cumpleaños es dentro de dos semanas.

Las compañeras proponen juntar dinero y comprarle un chal o una blusa, y empiezan a discutir de cuánto será la cuota, hasta que Carmen interrumpe:

—Yo he visto una bolsa muy bonita hecha con argollas de las latas de refresco y ya ven que ella insiste en que utilicemos la basura para hacer cosas útiles.

—Sería muy buena idea y le va a gustar más si la hacemos nosotros —completa Paula—. ¿Cómo se arma? ¿Tienen un modelo?

—¿Conocen a doña Lavinia?

—¿A quién?

—A la señora del gorro azul. Ella tiene una bolsa de ésas donde le caben hartas cosas. Ya me explicó cómo la hizo y es muy sencillo.

—¿Crees que la señora nos la preste para sacar el patrón? —pregunta interesada la maestra Alicia.

—¡Seguro!

Esa tarde, Carmen va a la ferretería. El señor Ramírez tiene algunos clientes, así que espera con paciencia a que se desocupe, porque quiere algunas ideas y materiales para adornar su maceta.

Pronto se da cuenta de que dos de los parroquianos no son clientes, sino amigos que pasan el rato platicando y jugando al cubilete entre una venta y otra,

así que se anima y le pide ayuda. Quiere adornar su maceta pegando en el borde, como una cenefa, una cuerda delgada con diversos tipos de nudos, que luego pintará del mismo tono terracota para que parezca que están hechos de barro.

Don Roque Ramírez saca una cuerda de piola. Con destreza, Carmen va tejiendo sus nudos. Los revisa, los prueba en la orilla de la maceta y le pide que mejor le traiga una cuerda más delgada. Vuelve a urdir sus nudos y, ahora sí, queda muy contenta y se dispone a pagar.

—¿Quién te enseñó a tejer esos nudos marinos? —pregunta el amigo del ferretero.

—A mí me enseñó mi abuelo, aunque también doña Lavinia los sabe hacer. Ella arregló los columpios del parque.

Los tres la miran intrigados.



—¿Conocen a la señora Lavinia?

—¿La señora qué?

—Lavinia, la del gorro azul.

—Ah, sí —responde el ferretero—, a veces viene a recoger la basura que saco y se la lleva, no sé para qué...

—Para arreglar cosas, así consiguió el material para componer los columpios.

—¿Cómo dijiste que se llama?

—Lavinia, don Roque, Lavinia.

Ya con su maceta decorada, Carmen va a la plaza de Kipatla, allí donde cada día pone su puesto de flores la tía Lola.

Revisa las plantas y no encuentra lo que busca.

—Ando tras una planta de ruda que esté floreando, tía.

—No tengo, hija, aunque si la quieres para esa maceta, tengo estos anturios que se verían bien bonitos, o una cuna de Moisés.

—Busco una matita de ruda, ¿dónde la encuentro?

—Si quieres, mañana te la traigo de mi casa, ésa te la regalo, no vale nada, aunque yo creo que es demasiada maceta para una plantita tan humilde...



—No la quiero por bonita, sino porque es muuuy útil. Dicen que sirve para quitar el dolor de reumas. Me explicaron que se le saca el aceitito, se pone en un frasco, se deja serenar unos días y luego se tallan las piernas doloridas. ¡No falla!

—Y tú, ¿cómo sabes? Reumas seguro no tienes.

Carmen contesta con una pregunta:

—¿Conoce a doña Lavinia?

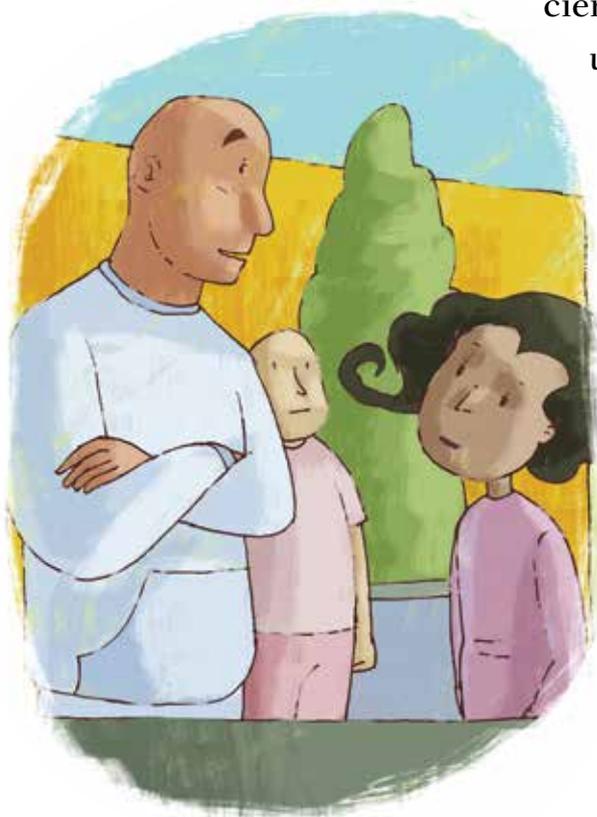
—No —se intriga la tía Lola—, no sé de nadie con ese nombre.

—Es la señora del gorro azul. Sabe muchísimo de plantas medicinales. Por

cierto, me dijo que para esa hinchazón que trae usted en su pierna, debería usar ruda, pero no igual que ella. Usted troza las hojitas frescas, hace una pastita con alcohol para formar la cataplasma, se venda, ¡y ya!

—¿Y esa señora cómo sabe lo que me pasa?

—Pues porque la mira todas las mañanas, cuando se sienta a sobarse... ¿Qué usted no la ve?



En el entrenamiento de escalada, se abre otra oportunidad y Carmen decide aprovecharla. El maestro Aldo quiere

que hagan una caminata hasta el río para fortalecer las piernas. Los compañeros hacen planes de llevar traje de baño para disfrutar del agua, ahora que por fin alguien limpió la poza del arroyo.

—Ya no tiene basura, y no fue “alguien” quien lo consiguió, fue Lavinia.

—¿Quién es Lavinia? —preguntan a coro.

—La señora del gorro azul. Ella me platicó que hizo un acuerdo: el río la mantiene limpia a ella y, a cambio, ella también lo mantiene limpio. Por eso regresa de la poza con sus bolsas llenas de basura que lleva al tiradero detrás del mercado.

—¿Ella sola recogió tanta basura? ¿Cómo dijiste que se llama? —pregunta el maestro Aldo, asombrado.

—Lavinia, maestro.

—¿Y eso que andas urdiendo, hijita? —le pregunta su abuela cuando la ve llegar.

—Creo que va avanzando, abuela, y tú, ¿qué haces?

—Aquí, regando mis flores; ve nomás qué triste está mi azalea, no sé si abonarla o cambiarla de lugar. Las de la Casa de la Cultura ya están floreando y ésta va bien atrasada. Le voy a preguntar a don Fidel qué les hace.

—Mi amiga Lavinia es quien las cuida.

—¿Quién es Lavinia? ¿Otra niña nueva?

—No, abuela, es la señora del gorro azul. Sabe muchísimo de plantas y me explicó que es bueno platicarles y podarlas a tiempo.

Es viernes y, antes de ir al Curso de Verano, Carmen ha decidido entregar su regalo, así que carga con la maceta de ruda muy adornada y se hace la encontradiza con su amiga.

—Le traje un regalo —anuncia.

—¿Un regalo? ¿A mí? ¿Por qué?

—Pues porque sí. Ésa es la mejor razón para regalar algo. La maceta se la hice en la clase de cerámica y la planta de ruda me la regaló la tía Lola.

Lavinia le agradece muy suavemente, sin fiestas ni alharacas, con los ojos húmedos.

—Voy al Curso de Verano, ¿vamos juntas?

Y así, paso a paso, camino a la Casa de la Cultura, la señora del gorro azul cosecha lo que Carmen sembró. El primero en saludarla es el maestro Aldo:

—Buenos días, Carmen. Buenos días, doña Lavinia.

Luego, le sigue Beto:

—Adiós, señora Lavinia.

Y el ferretero:

—¿Cómo le va, Lavinia?

La tía Lola, que ha seguido su receta, le muestra la pierna vendada, al momento de saludarla:

—Buen día, Lavinia.

—¿Podemos ir con ustedes, Lavinia? —se suman Elda y María.

Carmen está radiante, la urdidera dio resultado. Lavinia sonrío con una sonrisa nueva: más amplia, más franca, más duradera. Guarda su bufanda morada y su gorro azul. Por fin ha salido el sol.



Para que CONOZCAS más...

¿Quiénes forman parte de las poblaciones en situación de calle?

Existe una gran diversidad de personas que, por múltiples razones, se encuentran viviendo en la calle u otros espacios públicos. Estas personas o grupos subsisten valiéndose de recursos precarios para satisfacer sus necesidades más elementales. Su carencia de una vivienda regular las obliga a buscar refugio en espacios públicos, como calles, parques, plazas, puentes y alcantarillas, y en lugares abandonados, como edificios o automóviles. Algunas de estas personas hacen uso de los servicios que proporcionan las instituciones dedicadas a apoyar a estas poblaciones, como albergues o casas de asistencia.

¿Cuáles son las causas por las que esas personas se encuentran en situación de calle?

La situación de calle es un fenómeno complejo que se relaciona con algunos problemas sociales que la originan y que, a su vez, dificultan su solución. Sus causas más frecuentes son la pobreza extrema, el desempleo, la violencia psicológica, física y sexual, el abandono por parte de progenitores o familiares, las adicciones, algunas discapacidades y enfermedades, la migración y los desplazamientos forzados, entre otros.

¿Qué problemas enfrentan las poblaciones callejeras?

La calle suele ser un lugar hostil, carente de las condiciones necesarias para propiciar una buena calidad de vida y un adecuado desarrollo de las personas. Vivir en ese entorno se vuelve aún más difícil cuando quienes tienen una vivienda convencional crean etiquetas o estigmas desfavorables, relacionados con los hábitos y la apariencia física de las personas en situación de calle. La criminalización es un estereotipo cultural que afecta constantemente a las poblaciones callejeras, pues se cree que realizan acciones consideradas “fuera de lugar” o que tienen “conductas antisociales”. Esta actitud de la sociedad genera diversos problemas a las poblaciones en situación de calle, entre los que se encuentran:

- Estigmatización y hostigamiento por su apariencia física (pobreza, suciedad, enfermedad), que comúnmente se relaciona con la delincuencia.
- Violencia y maltrato.
- Extorsión y detenciones ilegales por parte de los cuerpos policíacos.
- Abusos sexuales.
- Explotación y trata de personas.
- Enfermedades ocasionadas por inadecuadas condiciones de seguridad, higiene y nutrición.

¿Cómo se discrimina a las poblaciones callejeras?

- *Invisibilización*: No existe información precisa sobre quiénes conforman las poblaciones callejeras, dónde se encuentran, cómo sobreviven y cuánto tiempo llevan viviendo en la calle.
- *Criminalización*: Por su apariencia física, se relaciona a las personas en situación de calle con estereotipos de la delincuencia y con supuestas agresiones e intimidación a la población.
- *Reubicaciones arbitrarias*: Se realizan por medio de acciones de “limpieza social” llevadas a cabo por las autoridades, quienes las justifican responsabilizando a las personas en

situación de calle de la disminución de ventas en comercios, de la inseguridad pública, de los malos olores y de las agresiones personales –físicas y verbales– en contra de las y los transeúntes.

- *Falta de acceso a la justicia*: Se deriva del desprecio y desinterés que las autoridades muestran hacia las personas en situación de calle, quienes carecen de información y certeza del alcance de sus derechos, así como de los mecanismos judiciales y procesales para exigir su respeto, aplicación o reparación por parte del Estado.
- *Falta de acceso a los servicios de salud*: En muchas ocasiones, se les niegan los servicios de emergencia y el acceso a la atención médica en hospitales, clínicas o centros de salud.
- *Violación a su derecho a la salud sexual y reproductiva*: Las mujeres son las más afectadas por esta exclusión, la cual se manifiesta en malas prácticas para el control de la natalidad, obstaculización para acceder a servicios de salud materna y reproductiva, y falta de acceso a la información.
- *Violación al derecho a la identidad*: La discriminación afecta el registro de niños y niñas recién nacidos ante las

autoridades correspondientes, lo cual impide el reconocimiento inmediato de un recién nacido en situación de calle por parte del Estado.

Reflexiona y actúa

¿Donde tú vives hay personas en situación de calle? ¿Alguna vez te has preguntado por qué esas personas tienen que vivir en la calle? ¿Alguna vez te has acercado a platicar con alguna de ellas? ¿Te parece justo que esas personas, además de tener que resolver muchos problemas para poder sobrevivir, tengan que enfrentar el maltrato y la discriminación de la sociedad en la que viven? ¿Cómo crees que podrías contribuir a mejorar las vidas de las personas en situación de calle?

Cierra los ojos e imagina que un día te despiertas con el fuerte ruido de un choque entre dos automóviles. Te das cuenta de que en vez de estar acostado sobre tu cama, estás sobre una banqueta, con un puente como techo y abrigado con unos cartones. En lugar de tener junto a tu cama tus zapatos o tenis favoritos, no tienes ningún calzado, y no has podido lavar tu ropa en mucho, mucho tiempo. Te levantas y tienes hambre, pero no tienes nada que comer, así que te ves obligado a pedir limosna, porque no puedes conseguir dinero o

comida de otra manera, y la gente, en vez de ayudarte, te agrade o te desprecia por tu aspecto. ¿Cómo te sentirías si estuvieras en tal situación?

Escribe tus ideas y compártelas con las personas que te rodean, para contribuir a visibilizar a las personas que viven en situación de calle, a crear consciencia sobre los problemas que enfrentan y a buscar soluciones para que puedan tener una mejor calidad de vida y que sus derechos sean respetados.

¿Quieres leer los demás cuentos de la colección Kipatla, para Tratarnos Igual?

En el sitio web del Conapred <www.conapred.org.mx> puedes descargar los libros en versión digital y en radiocuentos. En el canal del Conapred en Youtube puedes ver los capítulos de la serie de televisión con interpretación en lengua de señas mexicana.

Carmen busca y encuentra
se terminó de imprimir en septiembre de 2014
en los talleres de Impresora y Encuadernadora
Progreso, S. A. de C. V. (IEPSA), San Lorenzo 244,
col. Paraje San Juan, del. Iztapalapa,
C. P. 09830, México, D. F.

Se tiraron 10 000 ejemplares.

Carmen es buenísima para escalar, además de ágil y valiente, pero está muy enojada porque no le permiten unirse al equipo de escalada. Mientras platica con sus amigas sobre este tema, columpiándose en el parque, la cuerda de uno de los columpios se revienta. A partir de ese día, Carmen descubrirá que existe alguien en Kipatla que guarda increíbles secretos y ha pasado desapercibida para todas las personas del pueblo. ¿Quieres saber de quién se trata?

SEGOB
SECRETARÍA DE GOBERNACIÓN



CONSEJO NACIONAL PARA
PREVENIR LA DISCRIMINACIÓN

A leer
IBBY MÉXICO

EJEMPLAR GRATUITO
Prohibida
su venta